

Gonzalo Drago

Vida y obra de Oscar Castro Z.



ONOCI a Oscar Castro en 1930, en la ciudad de Rancagua, su tierra natal. Era un hombre modesto, sencillo, cordial, pulcro, sin que nada denunciara exteriormente al auténtico poeta que ocultaba su envoltura carnal. Al mirarlo por primera vez, nadie habría sospechado que ese hombre de mirar apacible y lentas actitudes, era el dueño de un enorme y maravilloso caudal de emociones y experiencias poéticas, que lo llevaron hasta las más altas cimas de la celebridad, sin que perdiera la modestia que lo caracterizaba.

En aquellos años, Oscar era ya un poeta consagrado, aunque no hubiera publicado libros. Su obra, dispersa en diarios y revistas chilenas y extranjeras, se distinguía por la depurada sensibilidad y sencillez de sus palabras y por esa emocionada resonancia de su mundo interior. Tenía una cultura poética poco común. Sediento de lectura, supo nutrirse en las mejores fuentes literarias. Avido lector desde pequeño, tenía un co-

nocimiento completo de los clásicos españoles, empezando con el Arcipreste de Hita, pasando por Góngora, Quevedo y Garcilaso, hasta llegar a la depurada poesía de Rafael Alberti y al heroico y maravilloso gitano que fué Federico García Lorca.

Podríamos decir que gran parte de su vida pasó rodeado de libros. En los estantes y rincones de su casa, en la Biblioteca de Geyter de Rancagua, en el salón de lectura del Liceo de Hombres, su silueta frágil estuvo siempre curvada frente a un libro abierto.

Por aquel tiempo, Oscar Castro llevaba una vida heroicamente solitaria. En la ciudad minera, era un espíritu solitario y erguido frente a la indiferencia de los más y la reticente aprobación de los menos. Era la lucha constante del espíritu contra la materia, de Ariel contra Calibán, del arte contra la rutina cotidiana de una ciudad que aun no despertaba de su letargo utilitario. Pero Oscar Castro no cejaba. Como un modesto y resignado artífice, continuaba creando y puliendo sus versos en una acogedora casa de arrabal, donde llegaban, de tarde en tarde, algunos escasos amigos para compartir con el poeta su pan espiritual.

En 1933, Rancagua empieza a dar muestras de inquietud espiritual, y un grupo de entusiastas organiza y da vida al «Círculo de Periodistas», en el que toma parte activa el autor de «Camino en el alba». Un año más tarde, nace el grupo literario «Los Inútiles». Y fué precisamente Oscar Castro quien escogió ese irónico nombre, para bautizar a ese pequeño grupo de hom-

bres que ha sabido mantenerse unido durante más de trece años de vida.

Es preciso que nos detengamos algunos instantes para referirnos a ese grupo literario, al que Castro permaneció fielmente ligado hasta el instante de su muerte. «Los Inútiles» formaron, durante mucho tiempo, una extraña cofradía espiritual en la ciudad del cobre, manteniendo en alto la llama del espíritu.

Oscar Castro, sin pontificar, era una lámpara encendida en el centro de «Los Inútiles», iluminando con su presencia la vida de sus compañeros. Jamás tuvo Oscar Castro actitudes de conductor; de jefe o de pontífice. Tenía el don de la sencillez. Su palabra llana y sencilla carecía de toda inflexión de prepotencia. Sonriente, decía crudas verdades en la intimidad del grupo o dondequiera que su opinión era requerida. Se burlaba sanamente de los convencionalismos, de los prejuicios, de los políticos profesionales y de la estupidez humana cuando alcanza caracteres colectivos. Fué un sincero y profundo pacifista. La guerra le parecía siempre algo monstruoso y abominable, residuo de abyecta barbarie en la especie humana.

Jamás tuvo la cobardía de callar sus ideas. Porque fué un idealista puro que no perteneció a ninguna secta, militó en ningún partido político ni tuvo credos religiosos. Fué un hombre libre, ajeno a todo convencionalismo, que supo alternar con el más humilde hombre del pueblo, despojándose de todo su lenguaje enriquecido por la lectura, para hacerse comprender por

aquellos que sólo balbuceaban frente al gran libro de la vida.

Es preciso haber asistido a la eclosión permanente y solitaria de este gran poeta nacional, para comprender en toda su intensidad la constancia, el fervor, la intensa vocación que lo llamaba hacia la poesía. Escribía constantemente, algunas veces hasta altas horas de la noche, aprovechando el tiempo como si un secreto instinto lo advirtiera de su prematura partida. Su magra figura, algunas veces demacrada por el constante trabajo y la honda tensión espiritual, volvíase cordial y magníficamente humana en presencia de un amigo.

Fué generoso y hospitalario. Hasta su casa de Rancagua llegaban visitantes de diferentes partes del país, en admirada peregrinación poética. Sin embargo, Castro tuvo pocos amigos. Muy pocos. Solamente los indispensables, aquellos que sentía más cerca de su espíritu, con los que lo unían afinidades de carácter o artísticas. Pero no fué un hombre hosco ni huraño. A todos, aun a los más inoportunos, alargaba su mano cordial unido a una sincera sonrisa de comprensión.

Muchas veces, acosado por el tiempo, se privaba del descanso. Fué un infatigable trabajador intelectual. Una oculta energía nerviosa manteníalo en constante actividad, empujándolo hacia la creación artística, hacia todo lo que estuviera ligado con el arte y sus cultivadores. Iba amontonando carillas, versos, cuentos y ensayos en los cajones de su escritorio, que su fiel compañera se encargaba de guardar cuidadosamente, como

un preciado tesoro. Así fueron naciendo poemas humanos, emocionados, sentidos, plenos de imágenes campesinas; saturados de vida vegetal, que el poeta llevaba dentro de sí mismo como parte integrante de su ser.

Hay en la poesía de Castro un profundo panteísmo, en el que lo vegetal, la tierra y sus elementos forman parte predominante de su creación artística. Amaba y respetaba a la tierra. En su sangre palpitaba su ascendencia campesina. Y así lo dijo simplemente, melodiosamente, en su hermoso poema «Raíz del Canto»:

Un abuelo de mis abuelos
era padrino de los álamos.
Otro acuñaba lunas nuevas
al levantar la hoz en alto.

Maravillado ante la naturaleza, postrado ante la magnitud telúrica que lo circundaba, enriquecido por el oro de muchos otoños, este poeta que sólo tuvo en su trayectoria terrestre nada más que «un surco de angustias y un sembrado de estrellas», fué entregándonos su mensaje interior con una rara y constante maestría, sin desmayos, sin caídas, manteniendo su vuelo a una depurada altura, sin hacer concesiones a la vulgaridad y sin caer tampoco en los histéricos barbarismos poéticos que suelen salir a luz en el Parnaso americano.

Buscador infatigable de la belleza y la verdad, respetaba todo esfuerzo ajeno. Muchas veces lo vimos leer manuscritos de principiantes que le llevaban sus traba-

jos para conocer su opinión, trabajos que leía sin impaciencia, con el entusiasmo de un cateador para descubrir la pepita de oro en el ripio y la piedra de esos manantiales inagotables que forman la producción de los aficionados.

Compartiendo su tiempo entre el trabajo cotidiano y sus actividades literarias, fué Castro creando poemas y cuentos, que luego eran acogidos con entusiasmo por publicaciones de la Argentina. Sin embargo, en Chile no encontraba un editor para su obra inédita. Sufrió todo el calvario de saberse postergado. Conoció las negativas de los editores que sólo miraban el negocio inmediato y no querían aventurarse a lanzar a un escritor que aun no había publicado su primer libro. En su larga vía-crucis, Oscar Castro supo llevar con entereza el pesado madero de la incomprensión y la indiferencia de muchos frente a su labor poética. Nunca lo vimos desmayar. Nunca le escuchamos una queja amarga en contra de los editores que se negaban a publicarle sus obras. Nunca quiso tampoco hipotecar su dignidad y su libertad a cambio de dinero, que le habría servido para cumplir sus deseos. Fué un artista digno y de una entereza ejemplar.

Alcanzó a beber mucha amargura antes de que la mano generosa y franca de Augusto D'Halmar se le tendiera a través de la distancia. Bastóle escuchar el «Responso a García Lorca», para que el escritor consagrado comprendiera de inmediato que había nacido una nueva estrella en el firmamento poético nacional.

Así se estableció un nexo espiritual entre esos dos hombres y artistas, pertenecientes a distinta generación, pero espiritualmente unidos por la misteriosa llama del arte, que no admite fronteras mentales.

Bajo los auspicios de Augusto D'Halmar, sale a luz, en 1938, la primera obra de Oscar Castro: «Camino en el alba», que abre la luminosa ruta de uno de los más grandes poetas que ha tenido Chile hasta la fecha. «Camino en el alba» significó para su autor la consagración definitiva. La crítica lo acoge sin reservas, lo estimula y lo define como uno de los valores jóvenes de más porvenir literario de nuestra patria. Tomada la ciudadela, roto el reducto de la indiferencia y de la incomprensión, Oscar Castro lanza, por su propia cuenta, su segundo libro poético en 1940: «Viaje del alba a la noche». Su segunda obra nos demuestra que el poeta aun no había agotado su mensaje campesino y telúrico con su primer libro. Enriquecido por la experiencia, «Viaje del alba a la noche», a pesar de tratar los mismos temas de «Camino en el alba», el amanecer, los caminos, el agua, los árboles, las colinas, la tierra, los hombres y los animales, acusa una definida superación artística. Ahora Oscar Castro se nos revela como un hombre poseído por la tierra, apegado a ella como un hijo a las entrañas de su madre, cantándola con un fervor místico, con una admiración de auténtico campesino que le lleva en el fondo de sus pupilas y en la ciega corriente de sus venas:

Su hondura metafórica alcanza ahora contornos cop-

sagratorios. Hay un equilibrio perfecto entre la emoción, el metro, la rima, la imagen y la parábola de sus poemas. El poeta ha abierto los misteriosos y cristalinos cauces de su vida, para vaciarlos en sus versos. No hay nada de cerebral en sus producciones. Todo es emoción contenida de hombre maravillado ante el misterio del mundo que lo circunda. Oscar Castro conoció de cerca el campo y los hombres que lo habitan. Por eso sus poemas a la tierra, al trigo, a la trilla, al arado, al amansador, pertenecen a lo más logrado de la poesía castellana.

«Viaje del alba a la noche» vino a demostrar al mundo literario que en Oscar Castro había algo más que un mero cultivador del verso. Era, además, un hombre sensible, predestinado, capaz de sentir y traducir el llamado de la tierra y sus íntimas vibraciones. En suma, era un auténtico poeta, es decir, un hombre que no era mejor ni peor que los demás, pero sí profundamente diferenciado. Sin embargo, Castro carecía de poses y alardes poéticos, y aun llegamos a sospechar que por un inconsciente mimetismo, había llegado a mostrarse exteriormente mundano fuera del círculo de sus íntimos, con el fin, inconfesado tal vez, de no llamar la atención, de hacer olvidar a los demás que era un poeta, una antena sensible ante la belleza y el dolor de la vida.

Porque Oscar no fué únicamente un hombre que vibró con la belleza circundante, sino que también supo auscultar el dolor del mundo. El desgarramiento inter-

no de España le arrancó al poeta palabras de condenación, vibrantes latigazos para los responsables, lapidarias sentencias para los que no trepidaron en asesinar a los niños españoles.

Con sus dos primeras obras poemáticas, Oscar Castro pasó a ocupar, con toda justicia, un lugar destacado en la historia literaria del continente, y su nombre figuró en numerosas antologías. Era el triunfo de la perseverancia, de la vocación y de la dignidad artística. No obstante, como cuentista era más conocido en la Argentina que en Chile, fenómeno que no debe sorprendernos, porque se ha repetido en numerosos casos de escritores chilenos.

Por fin, en 1941, la Editorial «Zig-Zag» se decide a publicarle su primer libro de cuentos campesinos, titulado «Huellas en la tierra», con los que Castro irrumpe victoriosamente en el campo de la prosa. «Huellas en la tierra» es un volumen parejo, de factura sencilla, sin grandes tragedias, en el que el dolor de algunos de sus cuentos está embellecido por la fina y poética prosa del escritor rancagüino. Se diferencia Castro de sus predecesores en el género criollista, que han tratado el campo chileno, en que da igual importancia a los hechos, al paisaje, a los hombres y a las bestias, en un armonioso mosaico en que se complementan los factores, el lenguaje típico, los arcos y la disciplina en la ejecución de sus trabajos, que merecieron la aprobación sin reservas de la crítica oficial.

El poeta acelera el ritmo de su producción. Escribe

y lee sin descanso, poseído por su vocación, obedeciendo al imperioso llamado de su yo íntimo, que lo conduce fatalmente, inevitablemente, hacia la realización de sí mismo.

Con motivo del segundo centenario de la fundación de Rancagua da a luz, en 1943, «Las alas del Fénix», romances de una ciudad heroica», en los que recuerda las turbias y agitadas aguas del Cachapoal, la fundación de Rancagua, sus calles, sus plazas, su Liceo, todas aquellas cosas que son familiares y queridas al poeta, que mecieron su infancia y enriquecieron su niñez y su adolescencia con sus recuerdos. Castro no era un poeta de circunstancias. Andando el tiempo, quiso olvidar a ese hijo circunstancial, nacido por imperativos económicos y para recordar una fecha. Su auto-crítica no le permitía equivocarse en sus apreciaciones para consigo mismo. Lo vi romper, algunas veces, poemas que me parecían hermosos y bien logrados, que no contaban con su aprobación.

Los éxitos obtenidos estimulan al poeta y escritor, y en 1944, Orbe le publica su hermoso y superado libro de cuentos «La sombra de las cumbres». Hay en este libro un mayor dramatismo, un mayor y más profundo dominio del idioma y de la expresión, una maestría más palpable que en su primer volumen de cuentos. Con «La sombra de las cumbres» el poeta demuestra toda su capacidad y reciedumbre de cuentista, y anuncia al novelista que llegará un poco más tarde, con

obras de mayor aliento. «La sombra de las cumbres» despertó verdadero y justificado entusiasmo.

Aquel mismo año, publica por su cuenta su libro de poemas «Reconquista del hombre», que se divide en dos partes visiblemente definidas: «Cuatro poemas vitales» y «Humana voz». En la primera parte, Castro nos demuestra, una vez más, toda la fascinación que ejerce el campo sobre su alma arrullada por la tierra. «Trigo», «Día de los arados», «Fecundación» e «Interior» son los títulos de los poemas vitales. En ellos, el poeta derrama toda su emoción, toda la prístina belleza y claridad de sus vertientes interiores, toda la magia de sus palabras, la sabiduría del hombre que conversa con la tierra y que comprende los dones humildes:

«Topa-topa del monte, tordo, maitén, estribo,
todo cabe y se crea dentro de las palabras.

Esos dos versos son como una definición de lo que el fino y delicado estilista siente al ponerse en contacto con el mundo, con ese mundo hecho de silencios y relinchos, de soles y tormentas, de aguas y minerales, de risas y de llantos. Es, decir, del mundo simple, de la vida cotidiana, de las cosas humildes, de lo que para el común de la gente no es otra cosa que el lento deslizarse de la vida a través del tiempo.

En la segunda parte, el poeta nos muestra su llaga interior, la herida desnuda que sangra lentamente, fren-

te al dolor de la tierra desvelada, la torva vida del obrero, la sórdida de los suburbios, la visión de un canto para después de la guerra, su hondo estremecimiento frente a la orfandad de las prostitutas y de los desesperados. Es interesante constatar que es este el único mensaje poético de Castro en que nos participa todo el estremecimiento de horror que circula por su sangre cuando, con un farol de luna entre las manos, se echa a andar por las oscuras callejuelas de las ciudades.

Ahora, ha dejado el campo para penetrar en los arrabales, donde la miseria le arranca gemidos de dolor. Aquí no existe la infancia cancionera de María Rosario, el milagro de un amanecer ni la dulce quietud del agua que corre bajo la sombra de los álamos. Ahora, todo ha cambiado. La ciudad, con su dolor, con sus vicios, con su casa de las guitarras, donde el poeta siente, el estremecimiento y la nostalgia de los días campesinos.

«Reconquista del hombre» viene a mostrarnos una nueva faceta del poderoso estro poético de Castro. Las imágenes son más audaces y novedosas, los pensamientos más profundos, el ritmo ha perdido su suave y moderada cadencia y es ahora más libre, sin caer nunca en los retorcimientos metafóricos ni en las angustias metafísicas. Es el grito de dolor, hondo y profundo, de un hombre frente a la realidad de la vida.

En 1945, dos premios vinieron a confirmar el valor literario de «La sombra de las cumbres»: El Premio Atenea y el Premio Municipal, correspondientes

a la mejor obra en prosa publicada en 1944. Ahora ya nadie pone en duda que Oscar Castro, además de un gran poeta es también un gran cuentista. El año 1945 es propicio al escritor. La ciudad de Rancagua le rinde un grandioso homenaje el 17 de junio de ese año, la Municipalidad le hace entrega de una medalla de oro, lo nombra Hijo ilustre de Rancagua, y el pueblo recolecta fondos para su poeta laureado.

Paradojalmente, aquel mismo año el escritor rancaüino sintió los primeros síntomas del mal que lo minaba silenciosamente, arteramente, en el silencio de su organismo. Recordamos bien que, para poder asistir al homenaje que se le rendía, hubo de abandonar el lecho en el que permanecía confinado por recomendación médica. Pálido, emocionado, recibió los clamorosos aplausos de la muchedumbre, recitó algunos de sus hermosos poemas y abandonó el local para continuar su reposo interrumpido. El poeta ya estaba herido de muerte por el mal que lo acechaba.

A fines de 1945, aparece su novela poemática «Comarca del Jazmín», incluida en la colección «La Honda» de la Editorial «Cultura». En esta obra, a pesar de su brevedad, puede captarse al estilista en toda su amplitud. Vuelve sus ojos el novelista hacia la lejana infancia, y como con sus recuerdos llena algunas páginas impregnadas de poesía que nos conducen hacia un mundo de sugerente belleza. «Comarca del Jazmín» nos revela otro aspecto de este escritor que incursiona con indiscutido éxito por diferentes géneros literarios.

Ahora ya nada nos asombra. Conocemos el valor literario de Oscar Castro, y todos sus éxitos nos sueñan a cosa sabida y esperada. En «Comarca del Jazmín» pone de manifiesto sus dotes de observador sagaz, su equilibrio en el desarrollo del tema, la riqueza de su lenguaje y ese don maravilloso e inexplicable de su talento literario que embellece todo lo que toca.

A despecho de su decadencia física, en su lecho de enfermo continuaba escribiendo y corrigiendo sus libros inéditos: «Lina y su sombra», «Llampo de sangre» y «La vida, simplemente», novelas, «Seres y sombras», drama, y «Glosario Gongorino», sonetos. Esto nos da una idea de la singular fecundidad de este artista extraordinariamente dotado por la naturaleza, que cultivó todos los géneros.

Consciente de su misión, visionario como un profeta, escribió sin descanso para dejar terminado parte de su mensaje antes de morir. Y así, el poeta y el hombre que tanto amó y admiró a la tierra, volvió a ella dulcemente, con la misma serena resignación con que pasó por la vida.

San Fernando, noviembre de 1947.